ANARQUÍA Y ANIMALES

ANARQUÍA Y ANIMALES

Élisée Reclus



La Grande Famille. le Magazine International 1897
A Propus du Vegetarisme. La Reforme Alimentaire vol V n°3, 1901
recuperados desde https://libertamen.wordpress.com

Edición, Impresión y Encuadarnación pirata,
Junio 2025

Nos sorprende leer en los periódicos que todas las atrocidades de la guerra en China no son una pesadilla, ¡sino una lamentable realidad! ¿Cómo puede ser que hombres que tuvieron la suerte de ser acariciados por sus madres y de aprender en la escuela las palabras de justicia y bondad, cómo puede ser que estas bestias con rostro humano se complazcan en atar a los chinos por la ropa y la coleta para arrojarlos a un río? ¿Cómo puede ser que acaben con los heridos y hagan cavar sus tumbas a los prisioneros delante de sus fusiles? ¿Y quiénes son estos espantosos asesinos? Son personas que se parecen a nosotros, que estudian y leen como nosotros, que tienen hermanos y hermanas, amigos, una esposa y una prometida ... ¡y tarde o temprano puede que tengamos la oportunidad de conocerlos, de estrecharles la mano sin encontrar la túnica del pareo derramada! También ellos se han acostumbrado a glorificar la carroña ensangrentada como generadora de salud, fuerza e inteligencia. ¡También ellos entran sin repugnancia en los mataderos donde se resbala sobre el pavimento rojizo y se respira el dulce e insípido olor de la sangre!

Cuando nuestra civilización, ferozmente individualista como es, que divide el mundo en pequeños estados enemigos y hostiles tanto como la propiedad privada y los hogares familiares, haya sufrido su última bancarrota y tenga que recurrir al apoyo mutuo para la salvación común, cuando la búsqueda de la amistad sustituya a la búsqueda del bienestar, que tarde o temprano estará suficientemente garantizado, cuando los naturalistas entusiastas nos hayan revelado todo lo que hay de encantador, amable, humano y a menudo más que humano en la naturaleza de las criaturas, los ríos se

acordarán de todas esas especies dejadas atrás en el camino del progreso, y trataremos de hacer de ellas no siervos ni máquinas, sino auténticos compañeros.

LA GRAN FAMILIA

Al hombre le gusta vivir en sus sueños; el esfuerzo que debe realizar el pensamiento para apoderarse de las realidades le parece muy difícil, y trata de escapar a la tarea refugiándose en opiniones prefabricadas. Si "la duda es la almohada de los sabios", la fe ferviente es la almohada de los pobres de espíritu. Atrás quedaron los días en que el poder de un dios supremo, que se sentía en nuestro lugar, deseaba, actuaba fuera de nosotros y guiaba el destino de los hombres según su capricho, nos bastaba y nos hacía aceptar nuestro destino fatal con resignación o incluso gratitud. Hoy este dios personal, en el que los mansos depositaban su confianza, agoniza en sus templos, y los mortales deben ocupar su lugar. Pero ya no tienen ningún poder augusto a su servicio: no tienen más que palabras que intentan exhibir como una virtud secreta, como un poder mágico: por ejemplo, la palabra "Progreso".

Es indudablemente cierto que en muchos aspectos el hombre ha progresado: sus sensaciones se han hecho más refinadas, creo, sus pensamientos más sagaces y profundos, y la amplitud de su humanidad, abarcando un mundo más vasto, se ha incrementado prodigiosamente. Pero no hay progreso sin retroceso parcial. El ser humano crece, pero al crecer se mueve y al avanzar pierde parte del terreno que ocupaba en el pasado. Lo ideal sería que el hombre civilizado hubiera conservado la fuerza del salvaje, que tuviera también la destreza, que siguiera poseyendo el bello equilibrio de los miembros, la salud natural, la tranquilidad moral, la sencillez de vida, la intimidad con los animales del campo y la armonía con

la tierra y todo lo que la habita. Pero lo que antes era la regla, ahora es la excepción. Se nos ha demostrado con numerosos ejemplos que el hombre de voluntad enérgica, favorecido en gran parte por su medio, puede igualar completamente al salvaje en todas sus cualidades primordiales, y se realza aún más por su conciencia impregnada de un alma superior; pero ¿cuántos hay que la hayan adquirido sin pérdida, que sean al mismo tiempo los equivalentes del primitivo en su bosque o en su pradera y los equivalentes del artista o del genio moderno en las ciudades obreras?

Y si aquí o allá un hombre, singular en fuerza de voluntad y dignidad de comportamiento, llega a igualar a sus antepasados en sus cualidades nativas, o incluso va más allá de las cualidades adquiridas, podría decirse con tristeza que, en su conjunto, la humanidad ha perdido ciertamente algunas de sus conquistas iniciales. Así, el mundo animal, del que derivamos nuestros orígenes y que fue nuestro educador en el arte de existir, que nos enseñó la caza y la pesca, el arte de curarnos y de construir nuestras casas, la práctica del trabajo común, la del aprovisionamiento, se nos ha vuelto más ajeno. Mientras que hoy hablamos de educación o domesticación en el sentido de esclavitud en relación con los animales, el primitivo pensaba fraternalmente en la asociación. Veía a estos seres como compañeros, no como siervos, y de hecho las criaturas -perros, pájaros, serpientes- acudían a él en caso de peligro común, especialmente en tiempos de tormenta o inundación.

La indígena brasileña se rodea voluntariamente de un montón de animales, y en su choza y el claro que la rodea hay tapires, ciervos, mofetas e incluso jaguares. Allí vemos monos saltando en las ramas por encima de la cabaña,

pecaríes olisqueando el suelo, tucanes, paujiles y loros posados aquí y allá en las ramas móviles, protegidos por los perros y los grandes leopardos. Y toda esta república se mueve sin que una señora impertinente tenga que repartir insultos y golpes. El pastor quechua, recorriendo el altiplano andino en compañía de su llama de carga, nunca trató de ganarse la asistencia del querido animal de otra manera que con afecto y aliento: un solo acto de violencia y la llama, ofendida en su dignidad personal, se echaba furiosa y no se levantaba nunca más. Camina a su ritmo, nunca se permite llevar una carga demasiado pesada, se queda quieta mucho tiempo al amanecer para contemplar la estrella naciente, pide que la coronen con flores y cintas, que balanceen una bandera sobre su cabeza, y quiere que los niños y las mujeres, cuando llegan a las cabañas, la alaben y la acaricien.

¿No entra en la tienda el caballo del desierto, otro primitivo, y no duermen los niños entre sus piernas? La simpatía natural entre todos estos seres los unía en un amplio sentimiento de paz y amor. El pájaro venía a posarse en la mano del hombre, como hoy lo hace en los cuernos del toro, y la ardilla jugaba al alcance de la mano del jornalero del campo o del pastor.

Incluso en la comunidad política, los primitivos no ignoraban al animal. En Fazokl, cuando el pueblo deponía a un rey, no dejaba de soltarle este discurso: "Como ya no complaces a los hombres, las mujeres, los niños y los burros, lo mejor que puedes hacer es morir, y en eso te ayudaremos". Hace mucho tiempo, el hombre y la bestia no se guardaban secretos. "La bestia hablaba", dice la fábula, pero lo importante era que el hombre entendiera. ¿Y hay historias más encantadoras que los cuentos del sur de la India, quizá las tradiciones más antiguas del

mundo, transmitidas a los invasores dravidianos por los aborígenes? Elefantes, chacales, tigres, leones, roedores, serpientes, cangrejos, monos y hombres conversan en total libertad, constituyendo, por así decirlo, la gran escuela mutua del mundo primitivo, y en esta escuela, el animal era las más de las veces el auténtico maestro.

Las asociaciones entre el hombre y los animales incluían en aquellos primeros tiempos un número de especies muy superior al que existe hoy en nuestro mundo doméstico. Geoffroy St Hilaire mencionó, que formaban, por así decirlo, el séquito del hombre; pero ¡cuántas especies que no enumeró vivían ya en la intimidad de su hermano menor! No incluyó a los numerosos compañeros del indio guaraní, ni a las serpientes que el dinka del Nilo llama por su nombre y con las que comparte la leche de sus vacas, ni a los rinocerontes que pastan junto a otras criaturas en las praderas de Assam, ni a los cocodrilos del Sind con los que los artistas hindúes decoran las imágenes religiosas. Sin duda, los arqueólogos han descubierto que los egipcios del antiguo imperio tenían tres, o incluso cuatro, especies de antílopes y una cabra entre sus rebaños de animales domésticos, todos ellos animales que, tras haberse asociado a la existencia del hombre, volvieron a ser salvajes. Incluso los perros hiena y los guepardos fueron transformados por los cazadores en fieles aliados. El Rig Veda celebra a las palomas mensajeras "más veloces que las nubes". Ve en ellas a dioses y diosas y les pide que les ofrezcan holocaustos y les viertan libaciones. La historia mítica del diluvio nos recuerda sin duda la ciencia de nuestros primeros antepasados en el arte de utilizar la velocidad de la paloma mensajera. Fue una paloma la que Noé envió fuera del arca para explorar los restos de las aguas y las tierras emergidas, y que llevaba

una rama de olivo en el pico.

Tal como la practicamos hoy, la domesticación de los animales atestigua también en muchos aspectos un auténtico deterioro moral, porque lejos de mejorar a los animales, los hemos mancillado, vilipendiado y corrompido. Podríamos, es cierto, aumentar en el animal tantas cualidades de fuerza, destreza, olfato, velocidad de carrera, pero en nuestro papel de carnívoros, nos hemos preocupado sobre todo de aumentar las masas de carne y grasa que caminan sobre cuatro patas, para producir almacenes ambulantes de carne que se desplazan con dificultad del corral sucio al matadero. ¿Podemos decir honestamente que el cerdo es mejor que el jabalí o la temible oveja que el intrépido muflón? El gran arte de los criadores es castrar a sus bestias u obtener híbridos que no puedan reproducirse. Adiestran a los caballos "mediante el látigo y las espuelas" y luego se quejan de que no encuentran su iniciativa intelectual. Incluso cuando han domesticado animales en las mejores condiciones, han disminuido su resistencia a las enfermedades, su capacidad de adaptación a nuevos entornos, convirtiéndolos en seres artificiales, incapaces de vivir espontáneamente en la naturaleza libre.

La corrupción de las especies ya es un gran mal, pero la ciencia de los civilizados también se utiliza para exterminarlas. Sabemos cuántas aves han destruido los cazadores europeos en Nueva Zelanda y Australia, en Madagascar y en los archipiélagos polares, ¡cuántas morsas y otros cetáceos han desaparecido ya! La ballena ha huido de nuestros mares templados, y pronto ni siquiera la encontraremos entre los glaciares del océano Ártico. Todos los grandes animales terrestres están igualmente amenazados. Conocemos el destino del

bisonte, predecimos el del rinoceronte, el hipopótamo y el elefante. Dado que las estadísticas cifran la producción de marfil de elefante en 800 toneladas al año, es como decir que los cazadores matan a 40.000 elefantes, sin contar los que, tras ser heridos, van a morir a arbustos lejanos. ¡Qué lejos estamos de los cingaleses de antaño, para quienes "la decimoctava ciencia del hombre era adquirir la amistad de un elefante", qué lejos de los asirios de la India, que daban dos brahmanes como compañeros al coloso cautivo para que aprendiera a practicar las virtudes dignas de su raza!

Qué contraste entre los dos tipos de civilización tuve ocasión de ver una vez en una plantación de Brasil. Dos toros comprados a un alto precio en el viejo mundo eran el orgullo del propietario. Uno de ellos, procedente de Jersey, tiraba de una cadena por las fosas nasales, mugía, resoplaba, escarbaba la tierra con las pezuñas, apuntaba con los cuernos, observaba a su cuidador con mal ojo; el otro, un cebú, importado de la India, nos seguía como un perro, suplicando caricias con sus dulces ojos. Nosotros, pobres ignorantes "civilizados", viviendo en nuestras casas cerradas, lejos de la naturaleza que nos asustaba porque el sol calentaba demasiado o el viento era demasiado frío, olvidamos por completo el significado de las fiestas que celebramos y que todas, con la ignorancia del propio cristianismo, Navidad, Pascua, Rogación y Todos los Santos, eran primitivamente fiestas de la naturaleza. ¿Comprendemos el sentido de las tradiciones que sitúan al primer hombre en un jardín de belleza, donde se pasea libremente con todos los animales, y aquellas en las que el "hijo del Hombre" nació sobre un lecho de paja entre el asno y el buey, los dos asociados del jornalero del campo? Y, sin embargo, aunque ha aumentado el espacio que

separa al hombre de sus hermanos los animales, y ha disminuido nuestra acción directa sobre las especies que permanecen libres en estado salvaje, parece evidente que se han realizado al menos pequeños progresos, gracias a la asociación más íntima que ha surgido con aquellos animales domésticos no destinados a nuestra alimentación. Sin duda, incluso los perros han sido parcialmente corrompidos: la mayoría de ellos, acostumbrados a los golpes como soldados, se han convertido en seres degradados que tiemblan ante la porra y se arrastran bajo el discurso amenazador del amo; otros son adiestrados para volverse furiosos, como los bulldogs que muerden a los pobres en la pantorrilla o saltan a la garganta de los esclavos; otros, "galgos en enaguas", contraen todos los vicios de sus amos, gula, vanidad, lujuria e insolencia; los de China, criados para ser comidos, son de una estupidez sin igual. Pero el perro verdaderamente amado, criado por su bondad, dulzura y nobleza de sentimientos, ¿no cumple a menudo el ideal humano, o incluso sobrehumano, de devoción y grandeza moral? Y los gatos, que han sabido mejor que los perros salvaguardar su independencia personal y su originalidad de carácter, que son "aliados más que aprendices", ¿no han hecho también, desde los días del salvajismo primitivo en el bosque, avances intelectuales y morales que comparten lo maravilloso? No hay sentimiento humano que no comprendan o compartan en su momento, ni idea que no conjeturen, ni deseo que no anticipen. El poeta los ve como magos; de hecho, a veces parecen más inteligentes que sus amigos humanos en su presciencia del futuro. Y la "familia feliz" que exhiben los malabaristas en las ferias, ¿no nos demuestra que ratas, ratones, cobayas y muchas otras pequeñas criaturas

no piden otra cosa que entrar con el hombre en el gran acuerdo de la felicidad y el bien? Cada celda se convierte en una escuela para animales inferiores, ratas y ratones, moscas y pulgas, si sus carceleros no imponen un buen orden. Conocemos la historia de la araña de Pelisson: el prisionero había recobrado el gusto por la vida, gracias al amigo del que se había convertido en instructor; ¡pero apareció un defensor del orden y, con su bota vengadora de la moral oficial, aplastó al animal que había venido a consolar al desgraciado!

Estos hechos nos demuestran los enormes recursos que posee el hombre para recuperar su influencia sobre todo este mundo animado que deja a merced del destino, descuidando asociarlo a su propia vida. Cuando nuestra civilización, ferozmente individualista como es, dividiendo el mundo en tantos pequeños estados enemigos hostiles como hay fincas privadas y hogares familiares, haya sufrido su última bancarrota y tenga que recurrir al apoyo mutuo para la salvación común, cuando la búsqueda de la amistad sustituya a la del bienestar que tarde o temprano estará suficientemente asegurado, cuando los naturalistas entusiastas nos hayan revelado todo lo que de encantador, amable, humano, y a menudo más que humano hay en la naturaleza de las criaturas, nos acordaremos de todas esas especies dejadas atrás en el camino del progreso, y trataremos de hacer de ellas no sirvientes ni máquinas, sino auténticos compañeros. El estudio de los primitivos nos ha ayudado a comprender al policía de nuestros días; el estudio de los animales nos hará penetrar más profundamente en la ciencia de la vida, aumentará nuestro conocimiento de las cosas y nuestro amor. Ojalá volvamos a ver ante nosotros a la cierva del bosque

¡con sus ojos negros para ser acariciado, y el pájaro que viene a posarse triunfante en el hombro de la mujer amada, sabiéndose también bello, y exigiendo su parte del beso!

Lepsius, Cartas desde Egipto.

SOBRE EL VEGETARIANISMO

Expertos altamente cualificados en higiene y biología han investigado a fondo las cuestiones relacionadas con los alimentos comunes, por lo que me cuidaré de no demostrar mi incompetencia al ofrecer mi propia opinión sobre la dieta animal y vegetal. Cada cual con su oficio. Como no soy ni químico ni médico, no haré ninguna referencia al nitrógeno o a la albúmina, ni informaré de los resultados de los análisis de laboratorio. En su lugar, me limitaré a presentar mis propias impresiones personales, que probablemente coincidan con las de muchos vegetarianos. Seguiré el camino de mi propia experiencia, deteniéndome ocasionalmente para hacer comentarios sugeridos por varios pequeños incidentes.

En primer lugar, debo decir que la búsqueda de la verdad absoluta no desempeñó ningún papel en las primeras impresiones que me convirtieron en un vegetariano virtual o potencial cuando era un niño pequeño que todavía llevaba ropa de bebé. Recuerdo claramente mi horror al ver el derramamiento de sangre. Una vez, un miembro de la familia me puso un plato en la mano y me envió al carnicero del pueblo, pidiéndome que trajera algún trozo ensangrentado. Obedeciendo inocentemente, salí alegremente a hacer el recado y entré en el patio donde se encuentran los verdugos que degüellan a los animales. Todavía recuerdo este siniestro patio por el que pasaban hombres aterradores sosteniendo grandes cuchillos que limpiaban en batas salpicadas de sangre. En un porche colgaba un enorme cadáver que me pareció que ocupaba un espacio extraordinario. De su carne blanca corría un líquido rosado en forma de riachuelos. Me quedé temblando y aturdido en este patio manchado de sangre,

incapaz de avanzar y demasiado aterrorizado para huir. No tengo ni idea de lo que pasó después. No tengo el más mínimo recuerdo. Creo que me dijeron que me desmayé y que un carnicero compasivo me llevó a su casa. No pesaba más que uno de los corderos que sacrificaba cada mañana.

Otros incidentes de este tipo ensombrecen mis primeros años y, al igual que mi experiencia en el matadero, son hitos en mi joven vida. Todavía puedo ver la cerda de unos campesinos que eran carniceros aficionados, de los más crueles. Uno de ellos desangró al animal lentamente, para que la sangre cayera gota a gota, pues se dice que para hacer una morcilla realmente buena, la víctima debe sufrir mucho. Y, efectivamente, dejaba escapar un llanto continuo, salpicado de gemidos infantiles y de súplicas desesperadas, casi humanas. Parecía que se estaba escuchando a un niño.

Y de hecho el cerdo domesticado es durante un año el bebé de la casa, atiborrado de comida para engordarlo. Responde con sincero afecto a todos estos cuidados, aunque su único objetivo real sea añadir una gruesa capa de tocino. Pero cuando hay un encuentro de corazones, cuando el ama de casa encargada de cuidar al cerdo se hace amiga de su pupilo, lo acaricia, lo mima y le habla, ¡no parece ridícula, como si fuera absurdo y casi vergonzoso amar a un animal que nos ama! Una de las impresiones más fuertes de mi infancia proviene de haber presenciado una tragedia rural. Un cerdo fue sacrificado por todo un pueblo en revuelta contra una buena anciana, mi tía abuela, que no consintió el asesinato de su gordo amigo. La muchedumbre del pueblo entró por la fuerza en la pocilga y luego condujo a la bestia por la fuerza al rústico matadero donde le esperaba la maquinaria

de la carnicería. Mientras tanto, la miserable señora se derrumbó en un taburete, llorando en silencio. Me quedé junto a ella y observé sus lágrimas, sin saber si debía compartir su dolor o creer, como la multitud, que el sacrificio del cerdo era justo y legítimo, dictado tanto por el sentido común como por el destino.

Cada uno de nosotros ha sido testigo de alguna de estas barbaridades cometidas por el carnívoro contra los animales que come, y esto es especialmente cierto para aquellos que han vivido entre la gente común, lejos de las ciudades monótonas donde todo está cuidadosamente encasillado o escondido. No hace falta ir a una Porcopolis de Norteamérica, o a un saladero de La Plata para contemplar las horripilantes masacres que son condición previa para los alimentos que comemos cada día. Pero esas impresiones se desvanecen con el tiempo. Dan paso a la influencia nefasta de la vida cotidiana, que tiende a arrastrar al individuo en la dirección de la normalidad, mientras le roba todo lo que podría convertirlo en un ser único, en una persona real. Los padres, los educadores oficiales y no oficiales, y los médicos, por no hablar de esa persona todopoderosa llamada «todo el mundo», trabajan juntos para endurecer el carácter del niño en relación con esta «carne en los pies», que, sin embargo, ama como nosotros, siente como nosotros, y también podría progresar bajo nuestra influencia, si no retrocede junto con nosotros.

Y tal regresión es, en efecto, uno de los resultados más deplorables de nuestras prácticas carnívoras, pues los animales sacrificados al apetito del hombre han sido sistemática y metódicamente afeados, debilitados, deformados y degradados en inteligencia y valor moral. El propio nombre del animal en el que se ha transformado

el jabalí se ha convertido en el insulto más desagradable. La masa de carne que se ve revolcándose en un charco maloliente es tan repulsiva a la vista que evitamos con mucho cuidado cualquier similitud de nombre entre el animal y los platos hechos con él. Qué diferencia hay entre el físico y el porte del muflón[448] cuando salta de roca en roca en las montañas, y el de la oveja, que está siempre desprovista de toda iniciativa individual, reducida a mera carne inerte a merced de sus temores. Nunca se atreve a alejarse del rebaño e incluso se lanza a las fauces del perro que la persigue. El mismo tipo de degeneración es evidente en la vaca que vemos moverse laboriosamente por el pasto, transformada por sus criadores en una enorme masa ambulante, con una forma geométrica como si estuviera diseñada explícitamente para el cuchillo del carnicero. Y es a la creación de tales monstruosidades a lo que aplicamos el término «cría». ¡Así es como el hombre lleva a cabo su misión de educador en relación con sus hermanos animales!

¿No es, además, la forma en que actuamos en relación con toda la naturaleza? Suelta una manada de ingenieros en un valle encantador, en medio de prados y árboles, o en las orillas de un hermoso río, y pronto verás lo que son capaces de hacer con él. Harán todo lo que esté en su mano para hacer que su propio trabajo sea llamativo y ocultar la naturaleza bajo montones de grava y carbón. Se sentirán muy orgullosos de ver el cielo surcado por vetas de humo sucio y amarillento o negro de sus locomotoras. Estos mismos ingenieros también pretenden a veces embellecer la naturaleza. Así, cuando algunos artistas belgas protestaron recientemente por la devastación del campo a lo largo del río Mosa, el ministro responsable les aseguró rápidamente que les haría felices en el futuro

haciendo construir todas las nuevas fábricas con torretas góticas. Del mismo modo, los carniceros exhiben ante los ojos del público cadáveres desmembrados y trozos de carne ensangrentados, incluso en las calles más concurridas, junto a tiendas perfumadas y adornadas con flores. Incluso tienen la audacia de decorar los trozos de carne que cuelgan con guirnaldas de rosas para hacerlos más estéticos.

Al leer las noticias sobre la guerra en China, uno se asombra de que las atrocidades denunciadas sean una triste realidad y no un mal sueño. ¿Cómo es posible que hombres que una vez tuvieron la alegría de las caricias de sus madres y a los que se les enseñó en la escuela palabras como «justicia» y «bondad» se conviertan en bestias salvajes con rostros humanos que se complacen en atar a los chinos por la ropa y las coletas y luego arrojarlos a un río? ¿Cómo es posible que acaben con los heridos y obliguen a los prisioneros a cavar sus propias tumbas antes de fusilarlos? ¿Quiénes son estos terroríficos asesinos? Son personas como nosotros, que estudian y leen como nosotros, que tienen hermanos, amigos, esposas y prometidas. Es probable que nos encontremos con ellos tarde o temprano y que estrechemos sus manos sin notar ningún rastro de sangre en ellas.

Pero, ¿no existe una relación causal directa entre los alimentos que consumen estos verdugos, que se autodenominan «civilizadores», y sus brutales actos? A menudo alaban la carne ensangrentada como fuente de salud, fuerza e inteligencia. Y sin asco entran en las carnicerías de pavimento rojizo y resbaladizo y respiran el olor dulzón y enfermizo de la sangre. ¿Qué diferencia hay entre el cadáver de una vaca y el de un hombre? Sus miembros cortados y sus vísceras mezcladas entre sí se

parecen bastante. El sacrificio de la primera facilita el asesinato del segundo, especialmente cuando resuena una orden de un superior, o cuando se escuchan desde lejos las palabras de su real amo: «¡No tengas piedad!»

Un proverbio francés dice que «toda mala acción puede ser negada». Había un cierto grado de verdad en esto mientras los soldados de cada nación cometían sus actos de crueldad de forma aislada, ya que los informes de sus atrocidades podían entonces ser desestimados como producto de los celos y el odio nacional. Pero hoy en día, en China, los rusos, franceses, ingleses y alemanes ya no se ocultan discretamente unos a otros. Los testigos presenciales e incluso los propios culpables nos informan de ellos en muchos idiomas, aunque algunos lo hacen con abierto cinismo y otros con más reticencia. Como ya no se puede negar la verdad, se ha hecho necesario crear una nueva moral para explicarla. Esta moral sostiene que hay dos leyes para la humanidad, una ley para los de piel amarilla y otra ley que es prerrogativa de los blancos. Aparentemente, en el futuro estará permitido matar o torturar a los primeros, mientras que seguirá estando mal hacerlo con los segundos.

Pero, ¿no es la moral igual de flexible cuando se aplica a los animales? Al incitar a los perros a despedazar un zorro, el caballero aprende a enviar a sus tiradores tras el chino que huye. Los dos tipos de caza forman parte de un mismo «deporte», aunque cuando la víctima es un hombre la emoción y el placer son sin duda más intensos. Cabría preguntar la opinión del oficial que recientemente invocó el nombre de Atila, señalando a ese monstruo como modelo para sus soldados.

No es en absoluto una digresión mencionar los horrores de la guerra en relación con las masacres de ganado

y los banquetes carnívoros. La dieta de los pueblos se corresponde estrechamente con su moralidad. La sangre llama a la sangre. Al considerar a los conocidos, uno suele encontrar que los modales agradables, la amabilidad de la disposición y la ecuanimidad de los vegetarianos contrasta notablemente con las cualidades de los empedernidos comedores de carne y ávidos bebedores de sangre.

Tales cualidades no son tenidas en muy alta estima por esos «superhombres» que, sin ser realmente superiores a los demás mortales, sobresalen por su arrogancia y se imaginan que avanzan menospreciando a los humildes y exaltando a los fuertes. En su opinión, los mansos son débiles y enfermizos; bloquean nuestro camino, y sería una acción noble barrerlos. Si no se les mata, al menos habría que dejarles morir. Pero son precisamente esas personas mansas las que podrían ser más resistentes a los males que los violentos. Los que tienen una tez rubicunda no suelen ser los que viven más tiempo. Los verdaderamente fuertes no son los que exhiben su fuerza en la superficie, en un rostro sonrosado, en músculos abultados o en una masa enorme y reluciente. Los estudios estadísticos podrían resolver rápidamente este punto de forma concluyente, y probablemente ya lo habrían hecho si no hubiera tantos individuos sesgados que utilizan las cifras, ya sean verdaderas o falsas, como munición para defender sus teorías favoritas.

Sea como fuere, nos limitamos a sostener que para la gran mayoría de los vegetarianos, la cuestión no es si sus bíceps y tríceps son más firmes que los de los carnívoros, ni siquiera si sus constituciones son más capaces de hacer frente a las pruebas de la vida y al riesgo de muerte, por muy importantes que sean estas cuestiones. Para ellos, la

verdadera preocupación es reconocer los lazos de afecto y bondad que unen al hombre con los animales. Se trata de hacer extensivos a nuestros hermanos, a los que se ha tachado de inferiores, los sentimientos que ya pusieron fin al canibalismo en la especie humana. Los argumentos que los caníbales daban en su día contra la eliminación de la carne humana de su dieta diaria tienen el mismo mérito que los que emplea hoy el típico consumidor de carne, y los argumentos que se esgrimían contra esa abominable costumbre son precisamente los que nosotros presentamos ahora. El caballo y la vaca, el conejo salvaje y el gato,[450] el ciervo y la liebre, son más valiosos para nosotros como amigos que como carne. Estamos deseosos de tenerlos como respetados compañeros de trabajo, o simplemente como compañeros en la alegría de vivir y amar.

«Sin embargo», se nos dice, «si os abstenéis de la carne de los animales, otros carnívoros, ya sean hombres o bestias, los comerán en su lugar, o bien el hambre y los elementos se encargarán de que mueran». En efecto, el equilibrio de la naturaleza se mantendrá como siempre, de acuerdo con los peligros de la vida y el conflicto de los apetitos. Pero al menos en la lucha entre especies el trabajo de destructor será de otros. Desarrollaremos la parte de la tierra que nos corresponde para hacerla lo más agradable posible, no sólo para nosotros, sino también para los animales de nuestra casa. Nos tomaremos en serio el papel de educador que el hombre reclama desde la prehistoria. Nuestra parte de responsabilidad en la transformación del orden universal no va más allá de nosotros mismos y de nuestro entorno inmediato. Aunque sólo podamos hacer un poco, este poco será al menos nuestra propia obra.

Si tuviéramos la quimérica idea de llevar la práctica de nuestra teoría hasta su última y lógica conclusión, sin tener en cuenta ninguna otra consideración, seguramente caeríamos en un completo absurdo. De este modo, el principio del vegetarianismo es exactamente igual que cualquier otro principio; debe adaptarse a las condiciones normales de la vida. Evidentemente, no tenemos la intención de dedicar todas nuestras prácticas y acciones, cada hora y cada minuto, a respetar la vida de lo infinitamente pequeño. No nos dejaremos morir de hambre y sed, como un lama budista, cuando un microscopio nos muestre una gota de agua repleta de animalitos. No dudaremos de vez en cuando en cortar un palo en el bosque o recoger una flor en un jardín. Incluso llegaremos a utilizar lechugas, coles y espárragos para nuestra alimentación, aunque reconocemos plenamente que la vida existe tanto en las plantas como en los animales. Pero no nos interesa fundar una nueva religión y encadenarnos a ella con un dogmatismo sectario. Nuestro objetivo es hacer que nuestra existencia sea lo más bella posible y, lo mejor que podamos, adaptarla a las condiciones estéticas de nuestro entorno.

Al igual que nuestros antepasados se asquearon de comer a sus congéneres y un buen día dejaron de servirlos en sus mesas, y al igual que hay muchos carnívoros hoy en día que se niegan a comer la carne del noble compañero del hombre, el caballo, o la de esos huéspedes mimados en nuestras casas, el perro y el gato, del mismo modo nos repugna beber la sangre y masticar el músculo del buey, un animal cuyo trabajo contribuye a abastecernos de pan. Ya no queremos oír los balidos de las ovejas, los bramidos de las vacas o los gruñidos y los gritos desgarradores de los cerdos cuando los llevan al matadero. Esperamos el

día en que ya no tengamos que pasar rápidamente por los horrendos lugares de matanza para ver lo menos posible los riachuelos de sangre, las hileras de cadáveres que cuelgan de afilados ganchos y los trabajadores manchados de sangre armados con horripilantes cuchillos. Esperamos vivir algún día en una ciudad en la que ya no nos arriesguemos a ver carnicerías llenas de cadáveres junto a sederías y joyerías, o frente a una farmacia, un puesto de fruta aromática o una librería fina llena de grabados, estatuillas y obras de arte. Queremos estar rodeados de un entorno que agrade a la vista y sea una expresión de belleza.

Y como sabemos por los fisiólogos y más aún por nuestra propia experiencia que esta vil dieta de carne desmembrada no es necesaria para sostener nuestra existencia, dejamos de lado todos estos horribles alimentos que nuestros ancestros disfrutaron alguna vez y que la mayoría sigue haciendo hoy. Esperamos que dentro de poco los consumidores de carne tengan al menos la discreción de ocultar su comida. Los mataderos ya están desterrados a las afueras de la ciudad. Las carnicerías deberían recibir un trato similar. Al igual que los establos, deberían estar escondidos en rincones oscuros.

También es por su fealdad por lo que aborrecemos la vivisección y todos los experimentos peligrosos, excepto cuando los lleva a cabo heroicamente el científico en su propia persona. Y es también por la fealdad del acto que nos repugna cuando un naturalista clava mariposas vivas en su caja de muestras o destruye un hormiguero entero para contar las hormigas. Nos apartamos con repugnancia del ingeniero que desfigura la naturaleza aprisionando una cascada en tubos de hierro fundido, y del maderero de California que tala un árbol de cuatro mil

años y trescientos pies de altura para mostrar sus anillos en ferias y exposiciones. La fealdad en las personas, en las acciones, en la vida y en el entorno natural son el enemigo por excelencia. Hagámonos bellos nosotros mismos, y que nuestra vida sea bella.

¿Qué alimentos parecen entonces más acordes con nuestro ideal de belleza, tanto por su naturaleza como por la forma en que se producen? Precisamente aquellos que siempre han sido más apreciados por quienes vivían una vida sencilla, los alimentos que no necesitan trucos culinarios engañosos. Entre ellos están los huevos, los granos y las frutas, es decir, los productos de la vida animal y vegetal que representan tanto el cese temporal de la vitalidad del organismo como la concentración de los materiales necesarios para la formación de nueva vida. Los huevos de un animal, las semillas de una planta y los frutos de un árbol son el final de un organismo que ya no existe y el principio de un organismo que aún no existe[451] El hombre los recoge para su alimentación sin matar al ser que los proporciona, ya que se forman en el punto de contacto entre dos generaciones. Además, ¿no nos dicen los científicos que estudian la química orgánica que el huevo del animal o de la planta es el depósito por excelencia de todo elemento vital? Omne vivum ex ovo.